

## EL SIGLO XX EN LA LINGÜÍSTICA EUROPEA Y NORTEAMERICANA: MOVIMIENTOS Y CONTINUIDAD \*

QUERIDOS AMIGOS: se me ha pedido que hable, en el presente Simposio dedicado al trasfondo europeo de la lingüística norteamericana, sobre la ciencia del lenguaje en Norteamérica y en Europa en el siglo XX. Este tópico fue sugerido al parecer porque yo fui testigo del desarrollo internacional del pensamiento lingüístico a lo largo de un dilatado período de seis décadas: seguí primero su desarrollo en las clases superiores del Instituto Lazarev de Lenguas Orientales, más tarde como estudiante de lingüística y ulteriormente como investigador en la Universidad de Moscú, y luego, desde 1920, en Praga y en otros centros de pensamiento lingüístico de Europa Occidental, especialmente escandinavos, y a partir de los años cuarenta, en Estados Unidos, con frecuentes visitas a otras áreas de intensa investigación lingüística.

Como dijo mi eminente colega Einar Haugen en su reciente trabajo «Half a century of the Linguistic Society» (Haugen, 1974), «cada uno de nosotros atesora sus propias memorias». Así, permítanme referirme a mi primer contacto, aunque indirecto, con la Linguistic Society of America. En marzo de 1925, el erudito precursor checo Vilém Mathesius, experto tanto en inglés como en lingüística general, junto con su devoto y más joven colaborador en ambos campos, Bohumil Trnka, nos invitó a Sergej Karcevskij y a mí a una reunión consultiva. Mathesius empezó a citar dos acontecimientos. El primero de ellos era el décimo aniversario del Círculo Lingüístico de Moscú, que, añadiremos, estaba ya disuelto en aquel momento, pero cuya creación en 1915 y cuyas actividades vitales

---

\* Con permiso de H. M. Moenigswald, reproducido de *The European Background of American Linguistic*, ed. por H. M. Moenigswald, Dordrecht, Foris, 1979; 162-173.

fueron un estímulo duradero en el desarrollo ruso e internacional de la lingüística y de la poética. A mi llegada a Praga en 1920, Mathesius me interrogó sobre la estructura y la labor del Círculo de Moscú y dijo: «Necesitaríamos un equipo así aquí también, pero es todavía demasiado pronto. Tenemos que esperar mayores avances.» Al final de nuestros debates en 1925 anunció la más reciente y alentadora noticia: la formación de la Linguistic Society of America. Mathesius era uno de esos lingüistas europeos que seguían con arrebatada atención y simpatía el impresionante nacimiento de la investigación norteamericana en la ciencia del lenguaje.

En octubre de 1926 el Círculo Lingüístico de Praga celebró su primera reunión. Es bien sabido que esa asociación praguense, que, por extraño que pueda parecer a primera vista, ha sido disuelta también, dio a su vez un poderoso y duradero ímpetu al pensamiento lingüístico en Europa y en otros lugares. Desde el comienzo, hubo una estrecha conexión entre la Linguistic Society of America y el Círculo Lingüístico de Praga. No sé si la joven generación de estudiosos se da cuenta de lo fuertes que eran esas relaciones. Las cartas de N.S. Trubetzkoy (Jakobson, 1975) revelan algunos datos nuevos sobre los múltiples lazos existentes entre la lingüística norteamericana y la «École de Prague». A fines de 1931, Trubetzkoy, inmerso en esa época en el estudio de las lenguas indias de Norteamérica, subrayó que:

La mayoría de los indigenistas norteamericanos describen perfectamente los sistemas de sonidos, de tal manera que sus esquemas ofrecen todo lo esencial para la caracterización fonológica de cualquier lengua dada, incluyendo un panorama explícito de los grupos consonánticos existentes con respecto a las diferentes posiciones en o entre los morfemas.

Trubetzkoy tenía muy alta opinión del lingüista norteamericano al que llamaba «mi camarada de Leipzig». Se trata de Leonard Bloomfield, que en 1913 había compartido un banco con Trubetzkoy y con Lucien Tesnière en las conferencias de Leskien y Brugmann. Bloomfield (Hockett, 1970: 247) alabó «el excelente artículo de Trubetzkoy sobre los sistemas vocálicos» de 1929 y dedicó su sagaz estudio de 1939 sobre «Meno-

mini morphophonemics» (Hockett, 1970: 351-62) a la memoria de N. S. Trubetzkoy.

El Círculo de Praga tenía lazos muy estrechos con Edward Sapir. Cuando se celebró la Conferencia Fonológica Internacional de 1930, Sapir, aunque no pudo asistir, mantuvo una vivaz correspondencia con Trubetzkoy en torno a su asamblea de Praga y al desarrollo de la investigación sobre la estructura lingüística, especialmente fonológica. No queda casi nada de ese intercambio. Las cartas de Sapir que no habían caído en manos de la Gestapo se perdieron cuando la casa de la viuda de Trubetzkoy fue destruida por un bombardeo. A su vez, las cartas de Trubetzkoy perecieron cuando Sapir, al final de su vida, destruyó todo su archivo epistolar. Sin embargo, algunas citas de las cartas de Sapir han sobrevivido en la correspondencia de Trubetzkoy, y otros pasajes fueron citados por Trubetzkoy en nuestras reuniones. Es digno de notarse que Sapir subrayó la similitud entre su punto de vista y el nuestro en cuanto a los problemas fonológicos básicos.

No son éstos los únicos casos de una proximidad entre lingüistas de las vanguardias norteamericana y continental. Podríamos recordar y citar un notable documento publicado en *Language* (vol. 18, 307-9). En agosto de 1942 la Linguistic Society of America recibió un cable enviado por el Comité Antifascista de los Científicos Soviéticos. Era una carta telegráfica de más de 4.000 palabras enviada desde Moscú y firmada por un prominente lingüista ruso, Grigorij Vinokur, anterior secretario del Círculo Lingüístico de Moscú. En ese informe teleografiado Vinokur subrayaba la particular afinidad de los jóvenes lingüistas rusos, especialmente los fonólogos de Moscú, con las metas y las tareas de la LSA. Señalaba cuán profundamente era valorado Sapir entre los lingüistas de la U.R.S.S. La primera versión extranjera del *Language* de Sapir fue al parecer una excelente traducción rusa de ese manual histórico por el lingüista ruso A. M. Suxotin, con interesantes notas editoriales sobre los caminos paralelos en la lingüística internacional.

A la luz de todas estas y muchas otras interconexiones, la cuestión de la pretendida hostilidad entre los lingüistas norteamericanos y europeos queda reducida a nada. Cualquier contacto efectivo pone fin a la creencia de que se trataba de dos

mundos científicos separados y estancos con dos ideologías diferentes e irreconciliables. Oímos a veces alegatos en el sentido de que los lingüistas norteamericanos repudiaban a sus colegas europeos, particularmente a aquellos que buscaron refugio en este país. Yo fui uno de aquellos a quienes la Segunda Guerra Mundial trajo al hemisferio Occidental, y debo declarar que los verdaderos estudiosos, los lingüistas norteamericanos destacados, me recibieron con fraternal hospitalidad y con sincera disposición a la cooperación científica. Si hubo signos de hostilidad y repudio —y fueron en efecto evidentes— vinieron únicamente del lado de algunos inveterados administradores y de burócratas y funcionarios contumaces y de criterio estrecho, y me siento feliz de reconocer el apoyo moral unánime y la deferencia que me ofrecieron hombres de ciencia tan genuinos como Charles Fries, Zellig Harris, Charles Morris, Kenneth Pike, Meyer Schapiro, Morris Swadesh, Stith Thompson, Harry V. Velten, Charles F. Voegelin y muchos otros.

Uno de los primeros lingüistas norteamericanos que conocí a mi llegada a este país y que se convirtió en un verdadero amigo fue Leonard Bloomfield. Expresaba con frecuencia tanto oralmente como por escrito, su aversión a toda intolerancia y luchaba contra «la plaga del *odium theologicum*» y contra «la denuncia de todas las personas que están en desacuerdo con el interés o la opinión propias o «que simplemente escogen hablar de otra cosa» (en 1946). El hecho —escribió Bloomfield— de que uno «esté en desacuerdo con otros, incluyéndome a mí, en métodos y teorías no importa; sería mortífero tener una sola doctrina aceptada» (en 1945). Recuerdo nuestros cordiales y vivaces debates; Bloomfield quería que me quedara en Yale y trabajara con él, y me aseguraba que se sentiría feliz de tener a alguien con quien podría sostener verdaderas discusiones. El gran lingüista repudiaba firmemente todo parroquialismo egoísta y complaciente.

Desde mis primeros días en este país en junio de 1941, se me reveló la profunda verdad del juicio necrológico posterior de Bloomfield sobre Franz Boas: «Su bondad y generosidad no conocían límites» (Hockett, 1970: 408). El papel fundamental desempeñado en la lingüística norteamericana por este estudioso de origen alemán, que tenía 28 años cuando llegó a l



Estados Unidos, fue sabiamente calibrado por Bloomfield: «El progreso que se ha llevado a cabo desde entonces en el registro y descripción del habla humana simplemente ha crecido de las raíces, el tronco y las poderosas ramas del trabajo de toda la vida de Boas». En cuanto al fundador y hábil director del *Handbook of American Indian Languages*, recuerdo su amable, agradable casa de Grantwood, Nueva Jersey, donde el anfitrión, con su agudo sentido del humor, solía decir a su hermana en mi presencia: «Jakobson ist ein seltsamer Mann! ¡Cree que yo soy un lingüista norteamericano!».

Boas creía firmemente en el carácter internacional de la lingüística y de toda ciencia genuina, y nunca hubiera estado de acuerdo con la obstinada exigencia de un confinamiento regional de las teorías y la investigación científicas. Profesaba que toda analogía con la lucha política y económica por intereses nacionales era superficial y traída por los pelos. En la ciencia del lenguaje no hay descubrimientos patentados ni problemas de competencia intertribal o interpersonal, de reglamentos sobre mercancías o dogmas importados y exportados. Cuanto mayor y más estrecha sea la cooperación entre lingüistas de todo el mundo, más vasto será el panorama de nuestra ciencia. No sólo en el universo de las lenguas, sino también en todo el mundo de desarrollo convergente y de una difusión bilateral.

Podríamos añadir que las tendencias aislacionistas en la vida científica de los dos hemisferios fueron meramente episodios insignificantes y transitorios, y que el papel internacional de la lingüística norteamericana, y en particular la influencia transoceánica de los logros norteamericanos en la teoría del lenguaje, aparecen tan temprano como los modelos europeos en la lingüística norteamericana.

Durante la segunda mitad del siglo pasado, fue Alemania la que presenció el más amplio progreso y expansión de los estudios comparativos indoeuropeos. Y, sin embargo, las ideas nuevas y fecundas en lingüística general emergieron fuera del mundo académico alemán. Hacia fines del siglo XIX, Karl Brugmann y August Leskien, los dos más destacados comparatistas alemanes y propugnadores de la universalmente famosa Escuela de Neogramáticos de Leipzig, reconocieron enfáticamente el inmenso estímulo que el lingüista norteamericano William Dwight Whitney dio a la investigación europea de la

historia de las lenguas gracias a su tratamiento original de principios y métodos generales. Al mismo tiempo, Ferdinand de Saussure (Jakobson, 1971: xxviii-xliii) declaró que Whitney, sin haber escrito él mismo una sola página de filología comparativa, era el único «que ejerció una influencia en todo estudio de gramática comparada», mientras que en Alemania la ciencia lingüística, que se supone que nació, se desarrolló y fue amada allí por innumerables personas, en opinión de Saussure (como también en opinión de Whitney) nunca manifestó «la más ligera inclinación a alcanzar el grado de abstracción necesario para dominar lo que está uno efectivamente haciendo y por qué todo lo que se hace tiene su justificación en la totalidad de las ciencias». Habiendo regresado, al final de sus actividades académicas, a la «visión teórica de la lengua», Saussure expresó repetidamente su reverencia hacia «el norteamericano Whitney, que nunca dijo una sola palabra sobre estos tópicos que no fuese correcta». Los libros de Whitney sobre lingüística general fueron traducidos inmediatamente al francés, al italiano, al alemán, al holandés y al sueco y tuvieron una influencia científica mucho más amplia y fuerte en Europa que en su país natal.

Durante muchos años los estudiantes norteamericanos del lenguaje, absorbidos en detalles, parecieron desatender la vieja advertencia de Whitney a los lingüistas en la que los exhortaba a no perder «de vista las grandes verdades y principios que subyacen en su trabajo y le dan significación, y cuyo reconocimiento debería gobernar todo el curso de éste» (1867). Leonard Bloomfield fue de hecho el primer estudioso norteamericano que intentó, desde sus primeros pasos en la teoría lingüística, resucitar el legado de Whitney en el estudio de la lengua.

Como paralelo de la más temprana y más profunda naturalización de los *Principles of Linguistic Science* de Whitney en el Viejo Mundo, podríamos citar la recepción del *Cours de linguistique générale* de Saussure en el Nuevo Mundo. Aunque abrió una nueva época en la historia de la lingüística, la aparición de esta publicación póstuma sólo encontró al principio a unos pocos lingüistas dispuestos a aceptar las lecciones básicas del desaparecido maestro ginebrino. Originalmente, la mayoría de los especialistas de Europa Occidental, fuera de su nativa Suiza, se mostraron desconfiados ante la concepción de

Saussure, y, cosa extraña, Francia fue uno de los países particularmente lentos en asimilar su teoría. Uno de los primeros apreciadores de criterio amplio y partidario del *Cours* fue un estudioso norteamericano. Las dos primeras ediciones de la obra fueron comentadas por Bloomfield no sólo en la reseña separada del *Cours* para el *Modern Language Journal* (1923-24; Hockett, 1970: 106-109), sino también en las críticas de Bloomfield al *Language* de Sapir (1922; Hockett, 1970: 91-94) y a la *Philosophy of Grammar* de Jespersen (1927; Hockett, 1970: 141-143), y en unos pocos textos más, todos ellos fácilmente asequibles ahora gracias a la magnífica antología de Charles F. Hockett (1970).

Según la mencionada reseña, el siglo XIX «mostró muy poco o ningún interés en el habla humana», de tal manera que Saussure en sus conferencias sobre lingüística general «se encontró casi solo», y su obra póstuma «nos ha dado la base teórica para una ciencia del habla humana». Al reseñar el libro de Sapir *Language*, Bloomfield se percata de que la cuestión de la influencia o de simples innovaciones convergentes no tiene «ninguna importancia científica», pero señala al pasar la probabilidad de que Sapir conociera el libro de Saussure, «que da un fundamento teórico a las más nuevas tendencias del estudio lingüístico». En particular, se alegra de ver que Sapir «trata asuntos sincrónicos (para usar la terminología saussureana) antes de tratar los diacrónicos, y concede a los primeros tanto espacio como a los últimos».

Bloomfield suscribe no sólo la rígida distinción de Saussure entre lingüística sincrónica y diacrónica, sino también la otra dicotomía defendida en el *Cours*; a saber, una rigurosa bifurcación del lenguaje (*langage*) humano en un sistema perfectamente uniforme (*langue*) y el habla efectiva (*parole*). Profesa un pleno acuerdo con los «principios generales» del *Cours* (Hockett, 1970: 141-142; 107).

Para mí, como para Saussure... y, en cierto sentido, para Sapir..., todo esto, *la parole* de Saussure, se sitúa más allá del poder de nuestra ciencia... Nuestra ciencia puede tratar únicamente de aquellos rasgos del lenguaje, *la langue* de Saussure, que son comunes a todos los hablantes de una comunidad: los fonemas, categorías gramaticales, léxico, etc. Una declaración gramatical o léxica es en el fondo una abstracción.



Pero en opinión de Bloomfield, Saussure «prueba intencionalmente y en debida forma: que la psicología y la fonética no interesan en absoluto y son, en principio, no pertinentes para el estudio de la lengua». Los rasgos abstractos de *la langue* de Saussure forman un «sistema —tan rígido, que sin ninguna información fisiológica adecuada y con la psicología en estado de caos, somos, sin embargo», asevera Bloomfield, «capaces de someterlos a un tratamiento científico».

Según los escritos programáticos de Bloomfield de los años veinte, «la más nueva tendencia», con su fundamento teórico saussureano, «afecta a dos puntos críticos». Primero, y una vez más subraya este punto en su trabajo de 1927 «On Recent Work in General Linguistics» (Hockett, 1970: 173-190), el esquema saussureano de la relación entre la ciencia del lenguaje «sincrónica» y «diacrónica» ha dado una «justificación teórica» al actual reconocimiento de la lingüística descriptiva «al lado de la historia, o más bien como su precedente» (1970: 179). A este respecto vale la pena mencionar que incluso la notable divergencia entre la búsqueda de nuevos caminos en la lingüística sincrónica de Saussure y su actitud estática, casi neogramática, hacia la «historia lingüística» fue adoptada por Bloomfield, que estaba dispuesto a creer que aquí difícilmente podía aprenderse «nada fundamental que Leskien no supiese» (v. Hockett, 1970: 177-178 y 542).

Refiriéndose al segundo punto crítico de la «tendencia moderna», Bloomfield recomienda dos definiciones restrictivas de su única meta alcanzable: cita el argumento saussureano sobre «*la langue*, el patrón lingüístico socialmente uniforme» (Hockett, 1970: 177) y la petición de Sapir de «una investigación de la función y la forma de los sistemas arbitrarios de simbolismo que llamamos lenguas» (Hockett, 1970: 92-93, 143).

Al sostener que este tema debe estudiarse «en sí mismo por sí mismo», Bloomfield reproduce literalmente las palabras finales del *Cours*. Por extraño que parezca, muestra aquí un adhesión más estrecha al texto de las conferencias publicada de Saussure que el conferenciante mismo. Como se reveló más tarde, la frase final en cursiva del *Cours* —«*la linguistique pour unique et véritable objet la langue envisagée en elle*



*même et pour elle-même*»<sup>1</sup>—, aunque no fue pronunciada nunca por el desaparecido maestro, fue añadida al libro póstumo por los editores-restauradores de las conferencias de Saussure como «*l'idée fondamentale de ce cours*». Conforme a las notas genuinas de Saussure y a sus conferencias, la lengua no debe enfocarse aisladamente, sino como un caso particular entre otros sistemas de signos en el marco de una ciencia general de los signos que él llama *sémiologie*.

La estrecha conexión entre los pasos iniciales de Bloomfield (y, podríamos añadir, de Sapir) en la lingüística general y la ciencia europea del lenguaje, así como la significación de Whitney en el Viejo Mundo, ejemplifican la continua reciprocidad entre los lingüistas de los dos hemisferios.

En su primer abordamiento del «principio del fonema», Bloomfield caviló sobre los conceptos desarrollados por la escuela de Sweet, Passy y Daniel Jones, y cuando nos conocimos, citó su deuda particular con el «tratado clásico» de Henry Sweet sobre *The Practical Study of Language* (1900)\*. Desde el umbral mismo de su preocupación por los problemas fonemáticos, Bloomfield se enfrentó a la diferencia que existe entre el carácter discreto de los fonemas y «el efectivo *continuum* de los sonidos del habla» y la oposición saussureana de *langue/parole* (Hockett, 1970: 179), y encontró «formulaciones explícitas» en la obra de Baudouin de Courtenay *Versuch einer Theorie der phonetischen Alternationen* de 1885 (Hoc-

<sup>1</sup> La lingüística tiene como único y verdadero objetivo la lengua examinada en sí y por sí misma. (*N. del E.*)

\* En *Cahiers Ferdinand de Saussure* 32 (1978, p. 69), Calvert Watkins publicó notables extractos de la carta de Bloomfield del 23 de diciembre de 1919 a Truman Michelson, especialista en lenguas de los algonquín en la Smithsonian Institution: «Mis modelos son Pánini y la clase de trabajo realizado en I.-E. por mi maestro el profesor Wackernagel. Ninguna preconcepción; encontrar cuáles variaciones sonoras son distintivas (en cuanto al significado), y luego analizar la morfología y la sintaxis poniendo junto lo que sea semejante». Bloomfield pregunta si Michelson se ha topado con el *Cours de linguistique générale* de Saussure: «Todavía no lo he visto, pero el profesor Wackernagel lo mencionó en una carta y lo he pedido y estoy impaciente de verlo». Las raíces europeas y especialmente suizas de la investigación innovadora de Bloomfield —Jakob Wackernagel y Ferdinand de Saussure— se hacen todavía más claras.

kett, 1970: 248). De ese libro sacó también el fructífero concepto y término de *morfema*, acuñado por Baudouin (Hockett, 1970: 130). Bajo la misma etiqueta, tomada igualmente de la terminología de Baudouin, la literatura lingüística francesa impuso erróneamente el significado de «afijo».

Hay ciertas obras clásicas en la tradición lingüística europea que han suscitado constantemente una atención y reconocimiento especiales en la ciencia del lenguaje norteamericana. Así, los dos libros que tanto cautivaron a Noam Chomsky, uno de Humboldt y otro de Otto Jespersen, han provocado más de una vez, desde su aparición, respuestas vívidas y laudatorias de los lingüistas norteamericanos; por ejemplo, en la estimación de Sapir, «los nuevos panoramas de pensamiento lingüístico abiertos por la obra de Karl Wilhelm von Humboldt»; y el tratado de este último *Über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues* llevó a Bloomfield a admirar «la intuición de ese gran estudioso»; en cuanto a la obra maestra de Jespersen, Bernard Bloch en 1941 alabó «la grandeza de la *Philosophy of Grammar*», y la reseña de Bloomfield de 1927 señalaba que gracias a ese libro «la gramática inglesa quedará enriquecida para siempre» (Hockett, 1970: 143, 180).

El divulgado mito de una única y uniforme escuela lingüística norteamericana y de su control exclusivo en todo el país, por lo menos durante ciertos períodos del desarrollo de la ciencia del lenguaje en los Estados Unidos, no concuerda con la situación real. Ni la significación geográfica ni la significación histórica de una u otra corriente científica pueden basarse en el excesivo número de estudiantes que, como lo observó claramente Martin Joos (1957: v), «aceptan las técnicas al uso sin interrogarse sobre lo que hay detrás de ellas». Lo que de veras cuenta es la calidad únicamente, tanto de los logros teóricos como de los empíricos.

En Norteamérica, lo mismo que en Europa, ha habido siempre, afortunadamente, una imponente variedad de puntos de vista sobre los fundamentos, los métodos y las tareas de la lingüística. En su producción inicial, la Linguistic Society of America desplegó una notable diversidad de puntos de vista. Su primer presidente, Hermann Collitz, de la Universidad Johns Hopkins, en su discurso inaugural (28 de diciembre de 1924; Collitz, 1925) sobre «El alcance y las metas de la cien-

cia lingüística», habló del rápido mejoramiento de las condiciones para un nuevo adelanto de la «gramática general o “filosófica”», que durante algún tiempo «tuvo que satisfacerse con un asiento en las filas de atrás de la lingüística». Collitz hacía hincapié en los problemas principales de la lingüística general, una de cuyas preocupaciones es «la relación entre las formas gramaticales y las categorías mentales». Se refería a este respecto a «un valioso estudio escrito por un estudioso norteamericano, a saber: *Grammar and Thinking*, de Albert D. Sheffield» (Nueva York, 1912; Hockett, 1970: 34), un libro, añadiremos, «calurosamente acogido» en la reseña de Bloomfield de 1912 como «un volumen sensato sobre los más amplios aspectos de la lengua». La otra preocupación de la lingüística general era definida por Collitz como «las uniformidades y las condiciones permanentes o constantemente recurrentes del discurso humano en general». El último punto se convirtió poco después en tema de controversia en las reuniones y publicaciones de la LSA: los escépticos se inclinaban a negar la existencia de categorías generales, mientras ningún lingüista pueda saber cuáles de ellas, si es que hay algunas, existen en todas las lenguas del mundo, mientras que Sapir, con creciente persistencia, trabajaba en una serie de preliminares a sus *Foundations of Language*, un programa de gran envergadura de gramática general que le fue querido hasta el final de su vida.

El pasaje del discurso mencionado sobre las «categorías mentales» como correlatos de formas externas apuntaba a una cuestión que habría de convertirse durante décadas en un duradero *casus belli* entre dos corrientes lingüísticas de Norteamérica, donde se las ha llamado respectivamente «mentalismo» y «mecanicismo» o «psiquialismo». Con respecto a los problemas axiales de la lingüística general aludidos por Collitz, el prefacio de Bloomfield «Why a Linguistic Society?», para el primer número de la revista de la Sociedad, *Language* (Hockett, 1970: 109-112) adoptó un tono conciliador: «La ciencia del lenguaje, que se ocupa de las más básicas y simples de las instituciones sociales humanas, es una ciencia humana (o mental, o, como solía decirse, moral...). Toca a los lingüistas determinar lo que está muy difundido y lo poco que es común a todo discurso humano». Sin embargo, los dos artículos teóri-



cos completos que constituían el segundo número del mismo volumen — «Sound Patterns in Language» de Sapir, y «Linguistics and Psychology» de A. P. Weiss— pusieron de manifiesto un importante desacuerdo científico. El artículo decisivo de Sapir (1925), una de las contribuciones norteamericanas de mayor visión a la comprensión y el avance de la metodología lingüística, afirma desde sus primeras líneas que ningún fenómeno o proceso lingüístico, en particular ni los patrones de sonidos ni los procesos sonoros del habla (por ejemplo, el llamado «*umlaut*» o «ley de Grimm») pueden entenderse propiamente en términos simplemente mecánicos o sensoriomotores. Se decía que el papel dominante corresponde al «arreglo intuitivo de patrones» propio de todos los hablantes de una lengua dada. Según las conclusiones del autor, todo el objetivo y el espíritu del estudio era mostrar que los fenómenos fónicos no son fenómenos físicos *per se* y ofrecer «una ilustración especial de la necesidad de ir más allá de los datos de los sentidos en cualquier tipo de expresión a fin de aprehender las formas sentidas y comunicadas intuitivamente que son las únicas que dan significación a tal expresión».

Los ataques de Sapir contra los puntos de vista mecanicistas sobre el lenguaje van contra el conductismo radical del psicólogo Albert Paul Weiss. El artículo de este último apareció en *Language* gracias al patrocinio de Bloomfield, que enseñaba con Weiss en la Universidad estatal de Ohio, 1921-27, y que estaba cada vez más influido por su doctrina. En ese trabajo de 1925 Weiss imagina una «organización del tipo de un complejo multicelular» producida por el comportamiento lingüístico, y atribuye a la lengua escrita la emergencia de «una intercambiabilidad sensoriomotriz aún más efectiva entre los vivos y los muertos». El amplio esquema de Bloomfield *Linguistic Aspects of Science*, de 1939, con sus numerosas referencias a Weiss, retoma y desarrolla esa imagen: «El lenguaje salta sobre la brecha que separa a dos sistemas nerviosos individuales... Así como las células individuales se combinan en una comunidad de habla... Podemos hablar aquí, sin metáfora, de un organismo social».

Lo que liga, sin embargo, más íntimamente a Bloomfield con las obras de Weiss es la exigencia de este último de que el comportamiento humano se discuta únicamente en términos

físicos. «La relación entre la psicología estructural y del comportamiento», examinada por Weiss en la *Psychological Review* (1917), rechaza el objetivo estructuralista de «describir la estructura de la mente o conciencia» y niega toda posible colaboración entre el estructuralismo y el conductismo siempre que las concepciones fundamentales que subyacen en uno y otro método y las implicaciones teóricas de éstos se sometan a un examen cuidadoso.

Conforme a estas sugerencias, todo «punto de vista mentalista» fue proscrito por Bloomfield como un «abordamiento precientífico de las cosas humanas» o incluso una «droga primitiva de animismo» con su «verborrea teleológica y animista»: voluntad, anhelo, deseo, volición, emoción, sensación, percepción, mente, idea, totalidad, conciencia, subconsciencia, creencia y las demás «palabras alusivas y espiritista-teleológicas de nuestro discurso tribal». En el mencionado *Linguistic Aspects of Science* (Bloomfield, 1939: 13) puede uno toparse con una confesión expresada paradójicamente: «Es la creencia [!] de este escritor que la descripción científica del universo... no requiere de ninguno de los términos mentalistas». El discurso presidencial de Bloomfield a la Linguistic Society of America de 1935 profetizaba que «en la próxima generación» la terminología del mentalismo y del animismo «será descartada, del mismo modo que hemos descartado la astronomía ptolemaica» (Hockett, 1970: 322).

Fue esta drástica desemejanza entre los dos espíritus conductores de la Linguistic Society, en la esencia misma de sus credos científicos, la que encontró su expresión palmaria en las observaciones orales de Sapir sobre «la psicología escolar de Bloomfield» y en el mote de «curandero» que Bloomfield daba a Sapir (Hockett, 1970: 540). Una oposición diametral entre ellos respecto a asuntos tales como «la síntesis de la lingüística con otras ciencias» fue deliberadamente señalada en los escritos de Bloomfield (Hockett, 1970: 227, 249).

Esta diferencia entre dos métodos de abordamiento se ahondó con los años y afectó gravemente el curso y la suerte de la investigación semántica en la lingüística norteamericana. Por un lado, la investigación en el «simbolismo comunicativo» de la lengua en todos sus grados y todos sus niveles, desde los patrones sonoros, pasando por los conceptos gramaticales y

léxicos, hasta el «significado integrado del discurso continuo» estaba adquiriendo una importancia aún mayor en la obra de Sapir, y con una referencia confesada a su iluminadora enseñanza, Benjamín L. Whorf dijo en 1937 que «la esencia misma de la lingüística es la búsqueda del significado» (1956: 79). Por otra parte, Bloomfield, aunque se daba cuenta perfectamente de que el tratamiento de las formas de habla e incluso de sus componentes fonemáticos «implica la consideración de los significados», admite al mismo tiempo en su artículo «Meaning» de 1934 que «el manejo de los significados está destinado a producir problemas» siempre que nos neguemos a adoptar «el punto de vista popular (*mentalista*)» y a decir que las formas del habla reflejan acontecimientos inobservables, no físicos, de las *mentes* de los hablantes u oyentes» (Hockett, 1979: 401).

La dificultad de considerar el significado a la vez que se niega todo «acontecimiento mental» provocó repetidos esfuerzos de parte de algunos estudiantes del lenguaje más jóvenes para analizar la estructura lingüística sin referencia a la semántica, a diferencia de la invocación bloomfieldiana del significado como criterio inevitable. Bloomfield mismo estaba dispuesto a negar no sólo la validez de esas pretensiones, sino incluso la posibilidad de su existencia (cf. Fries, 1954). No obstante, los experimentos de lingüística antisemántica se difundieron hacia fines de la década de 1940. En el verano de 1945 fui invitado a dar una serie de conferencias en la Universidad de Chicago. Cuando informé a la Universidad del título del proyectado ciclo —«El significado como problema axial de la lingüística»—, me llegó una benevolente advertencia de parte del profesorado de que el tópico era arriesgado.

Sería falaz, sin embargo, considerar la evitación de la interpretación semántica como un rasgo general y específico de la metodología lingüística norteamericana incluso durante un breve período de tiempo. Esa tentativa de ostracismo fue una prueba interesante y fructífera, acompañada de críticas simultáneas e instructivas, y ha quedado superada por un anhelo igualmente apasionado y aclamado hacia la promoción del análisis semántico, primero en el vocabulario, más tarde también en la gramática.

Pero finalmente lo que lleva el sello de origen norteameri-



kett, 1970: 493). Ahora, sin embargo, ese mejoramiento está desapareciendo rápidamente. Una vez más observamos que la culpa no es de los lingüistas, sino de aquellos burócratas que, con el pretexto de la escasez y el ahorro, se inclinan a abolir o reducir departamentos y cátedras de lingüística general, de estudios comparados indoeuropeos, de lenguas romances, escandinavas, eslavas y otras. Según el agudo dicho de Sapir, se hacen esfuerzos para establecer y perpetuar «el muy escuálido estatuto de la lingüística en Norteamérica», porque esta ciencia parece difícilmente «convertible en valor monetario» (1925: 4-150). Semejantes medidas anticientíficas son extremadamente deplorables. A pesar de la crisis actual, Norteamérica sigue siendo más próspera que la mayoría de los países europeos, pero incluso bajo su receso económico, ninguno de ellos ha desmantelado sus escuelas de doctorado y sus programas de lingüística. Sin embargo, permítanme, en conclusión, citar una vez más a Leonard Bloomfield. La predicción hecha 45 años atrás (30 de diciembre de 1929; Hockett, 1970: 227) en su discurso ante un comité conjunto de la Linguistic Society of America y la Modern Language Association. Dice:

Creo que en el futuro próximo — digamos en una pocas generaciones más— la lingüística será uno de los principales sectores del adelanto científico.

¿No compartimos todos los presentes esa creencia?

## BIBLIOGRAFÍA

BAUDOIN DE COURTENAY, JAN

1895. *Versuch einer Theorie phonetischer Alternationen*. Bloch, Bernard.

BLOCH, BERNARD

1941. Reseña de Jespersen, O. «Efficiency in linguistic change», en *Language*, 17: 350-353.

BLOOMFIELD, LEONARD

1939. «Linguistic Aspects of Science», *International Encyclopedia of Unified Science*, 1:4. (Chicago: University of Chicago Press.) (El resto de la obra se cita por referencia a Hockett, 1970.)

COLLITZ, HERMANN

1925. «Scope and Aim of Linguistic Science», *Language*, 1:14-16.

FRIES, CHARLES C.

1954. «Meaning and Linguistic Analysis», *Language*, 30: 57-68.

HAUGEN, EINAR

1974. «Half a Century of the Linguistic Society», *Language*, 50: 619-621.

HOCKETT, CHARLES F.

1970. *A Leonard Bloomfield Anthology*. (Bloomington-Londres: Indiana University Press.)

JAKOBSON, ROMAN

1971. «The World Response to Whitney's Principles of Linguistic Science», en Michael Silverstein (ed.), *Whitney on Language*. (Cambridge [Mass.]-Londres: MIT Press.)

1975. (Ed.) *N. S. Trubetzkoy's Letters and Notes*. (The Hague: Mouton.)

JOOS, MARTIN (comp.)

1957. *Readings in Linguistics* [I]. (Washington: American Council of Learned Societies.)

SAPIR, EDWARD

1924. «The Grammarian and His Language», *American Mercury*, 1: 149-155.

SWEET, HENRY

1899. *The Practical Study of Languages*. (Nueva York: Dent.)

WEISS, ALBERT PAUL

1917. «The Relation Between Structural and Behavior Psychology», *Psychological Review*, 24: 301-317.

1925. *A Theoretical Basis of Human Behavior*. (Columbia: Adams.)

WHITNEY, WILLIAM DWIGHT

1867. *Language and the Study of Language. Twelve Lectures on the Principles of Linguistic Science*. (Nueva York: Scribner.)

WHORF, BENJAMIN L.

1956. *Language, Thought and Reality*. (Cambridge [Mass.]-Londres: MIT Press.)

